

Mitología en la iglesia románica de Pinilla de Jadraque

José Ramón López de los Mozos

I - Descripción

Dentro del denominado románico rural de Guadalajara, una de las iglesias más importantes en la actualidad es la de Pinilla de Jadraque (fig. 1). De ella nos dice el doctor Layna Serrano (1) que sufrió en el siglo XVII el desmoche de la capilla absidal, para construir en su lugar otra más alta y espaciosa que en el siglo que corre sufrió un incendio, así como el tabicamiento del ala de poniente de su galería porticada (fig. 2).

Dicha iglesia fue construida a finales del siglo XII o comienzos del XIII, y de ello aún quedan buenas pruebas, sobre todo en la misma galería reproducida por Lampérez en su Historia de la Arquitectura cristiana española (2).

La galería porticada consta de dos alas, a mediodía y poniente, más interesante esta última gracias a la existencia de dos capiteles historiados poco conocidos por haber estado tabicados los arcos en que se encuentran. Solo pudo ser estudiado el más próximo a la arista que forman las dos alas. Estudio que en su tiempo realizó primeramente don Juan Catalina García publicándolo después en su obra inédita e incompleta "Catálogo monumental de la provincia", y en segundo lugar por el ya citado Layna Serrano, refiriéndose sobre todo a las figuras que componen el capitel, difíciles de estudiar por el desgaste que han sufrido más que por la rudeza de su acabado: "en el centro, la *vessica* alojando al Pantocrator; a la izquierda, una figura alada incompleta; a la derecha, en la esquina, otra al parecer de mujer, bien dibujado el torso desnudo y bien tratados los paños, seguida de un animal que parece oveja y con otro idéntico al otro lado; el señor Catalina García, interpretó ese grupo, no se con que fundamento, como el profeta Daniel entre dos leones". De la lectura de la anterior cita se puede sacar en consecuencia una gran falta de atención por parte de los dos investigadores que estudiaron el capitel, que nada tiene que ver con una representación de Daniel entre leones, como se dice, sino que en realidad no es más que la almendra mística rodeando al Cristo de la Majestad y a su vez, en las cuatro esquinas del capitel, el Tetramorfos, los símbolos con que comúnmente se suele representar a los cuatro evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Eso en

(1).—F. Layna Serrano. La arquitectura románica en Guadalajara. II edición. Madrid 1971. Pág. 110 y sig.
(2).—Lampérez y Romea. Historia de la arquitectura cristiana española. pág. 463 y fig. 258 (Galería exterior de la iglesia de Pinilla de Jadraque) (Fotografía Barandica). Cita a esta iglesia como ejemplo de pórtico por las dos o tres fachadas (pág. 465). La fotografía es muy buena, pero se puede apreciar el arco cegado en el que se encuentra el capitel que estudiamos.

una de las caras del capitel. En las otras se representa el Desebedimiento de Cristo de la cruz, sujeto por los dos hombres buenos; la Adoración de los Reyes Magos, en la cara mejor conservada, y finalmente una escena apenas descifrable por lo desgastada, pero que seguramente sea el comienzo del capitel en que se narra la vida de Cristo y se refiere casi con seguridad a su Nacimiento. En cuanto a la mujer del "torso desnudo" no hay tal, y más parece que sus averiguaciones al respecto las hicieron de oído.

El capitel a que nos referimos está tallado únicamente en tres caras, ya que la cuarta queda empotrada en los sillares de un intercolumnio (3). En realidad, debido a que siguen existiendo el tabique que ciega los arcos (para formar un cuarto trastero a los pies de la iglesia), solo pueden apreciarse con perfección dos de las caras, en las que se representa a un ser barbado, mitad hombre y mitad pez (fig. 3) que ofrece con ambos brazos semiextendidos, peces a dos personas de menor tamaño, la de la izquierda masculina (fig. 4) y la de la derecha mujer (fig. 5), que a su vez, sujetan los peces ofrecidos por el ser ictiomorfo (fig. 6) al parecer coronado (fig. 7).

Podemos, sin mucho temor a equivocarnos, aventurar que en la parte oculta del capitel se representa una escena semejante a la de la visible, ya que todavía se puede apreciar sin dificultad parte de la aleta caudal de otro ictiomorfo como el anterior e igualmente colocado en la otra arista del capitel (fig. 8). Dicho ser posee dos colas, lanzadas a derecha e izquierda, pero creemos que este hecho no responde más que a cierto "horror vacui" del artista que lo talló, lo mismo que la cabeza coronada del ictiomorfo parece responder a una transformación de las primitivas volutas de los capiteles decorados con motivos vegetales, muy abundantes a lo largo de la misma galería porticada que alberga al que tratamos. Evolución de las hojas de acanto, curvadas por su longitud y peso, que dan paso a la sustitución por otros motivos, a veces vegetales también, como piñas, a veces animales, como cabezas de bestias, para llegar a las representaciones de seres humanos o semihumanos, como en este caso, ocupando la cabeza el lugar de la voluta, por cuestiones de composición más que por otro motivo.

Dos colas que no encierran otro significado que el de parecer a la vista del público desde dos ángulos diferentes, dos planos, en su totalidad.

Dentro de la simbología cristiana el pez no es más que una representación de Cristo (4) y, al parecer, esta simbología paleocristiana que con tanta frecuencia nos encontramos en la pobre decoración de las catacumbas, no tiene mucho parentesco con la idea que puede ofrecernos el capitel que estudiamos. Es muy posible que se trate, más bien, de una forma útil para hacer que un antiguo culto o una mitología, se ponga de manifiesto en el siglo XII o XIII. Aunque ciertamente cristianizados. Quizá de unas ideas orientales que influyeron decisivamente en la forma de hacer de los artesanos (o artesano probablemente) que tallaron los dos capiteles historiados en la galería porticada de la iglesia de Pinilla de Jadraque. Teoría que puede reforzarse un poco con la existencia en el mismo edificio de signos de cantería en los que predominan las exalfas o "sellos de Salomón", así como en la forma de vestir los seres humanos representados, seguramente fiel reflejo de las modas imperantes, basadas a su vez en otras anteriores visigóticas. Esta manera de vestir consiste en la figura de la derecha, la femenina, en un vestido hasta los pies, amplio, de manga algo ancha y pliegues muy acusados, ceñido al cuerpo, a la altura de la cintura, con un cordón. Se dejan ver las puntas de los pies, calzados.

Desde el principio nos llamó mucho la atención el simbolismo encerrado en ese ser fantástico, y en los peces que ofrece a las figuras menores.

(3).—F. Layna Serrano. Op. Cit., pág. 115. Ver nota (2) a pie de página en dicha obra, sobre reformas de la iglesia, que hicieron aparecer otro capitel. Se trata del que nos ocupamos.

(4).—Wilfried Koch. Los estilos en arquitectura. Barcelona 1973. Pág. 207.

Puede que se trate de un "Palium" y ello nos hablaría de persona de alto rango. También es digna de destacarse la manera de tratar el peinado, que parece sujetarse con una diadema trenzada, mientras que en la figura de la izquierda, la masculina (por el bigote y restos de barba que se aprecian), lleva una túnica semejante a la anterior, sin ceñir, más amplia y plegada, dejando ver igualmente sus pies calzados. Cubre la cabeza con un tocado parecido a un capete esférico. En la mano izquierda sujeta el pez que le ofrece el ictiomorfo y en la derecha lleva un utensilio que no acertamos a distinguir con exactitud.

II.—OTRAS REPRESENTACIONES SIMILARES

Representaciones similares aparecen con cierta frecuencia. Las dos primeras de las que hemos encontrado algún dato pertenecen al siglo VI a. de J. C. La primera de ellas es la del pez de Vetersfelde, hallado en el sudoeste de Brandeburgo, obra del arte escita del Ponto, de notable influencia griega. Actualmente se conserva en el Museo de Berlín. Es la parte inferior de este pez la que representa a un tritón con un pez en cada mano. De él dice don Martín Almagro Basch: "por su gran importancia en la Prehistoria europea, merece mención especial desde el Bronce final y a lo largo de toda la Edad de Hierro, la penetración continuada y evidente de elementos étnicos y culturales escitas, que llegan hasta Silesia y Brandeburgo, como el célebre hallazgo de Vetersfelde" (5).

Vemos aquí una representación del ictiomorfo, tritón, que pudo llegar lentamente a Europa Occidental gracias a las migraciones de grupos indoeuropeos que la mantuvieron siempre viva en su mente.

Otra representación de la misma época, siglo VI a. de J. C. es la que aparece en un jarrón cerámico etrusco. Tritón barbado estilizado, con una sola aleta caudal, sin coronar y con un pez en cada mano. Junto a él, decoran el jarrón, otros peces libres (6). Vemos que la idea se va acercando más a España, hasta llegar a la Edad Media en que las representaciones son similares pero ya no es el tritón, hombre-peze, el que se representa con mayor frecuencia, siendo lo en cambio la sirena, mujer-peze, como vemos en otros lugares del mundo románico español.

La representación suele ser de una mujer con el pelo suelto, partido en dos mitades a ambos lados de la cabeza, con los atributos femeninos bien marcados y con una o dos aletas caudales, generalmente con dos. De este tipo son las que aparecen en los capiteles que decoran los ventanales del campanario en el monasterio de San Pedro de Roda (Gerona). Son dos capiteles, uno de los cuales representa la cabeza de un hombre barbado y el otro una sirena (7). En San Pedro de Aibar (Navarra) encontramos otro capitel con cierto parecido con el de Píñilla de Jadraque. Se trata de una sirena con dos colas que sujeta con cada una de sus manos. En los ángulos hay caras de las que parecen salir peces (8). Exactamente igual al anterior en lo referente a la sirena y su posición, y no a los ángulos, que aquí permanecen tapados con el yeso de un tabique, es el que aparece en la arquería de la iglesia de Nuestra Señora de las Vegas, dentro del conjunto de iglesias románicas del término de Santiuste de Pedraza, en la provincia de Segovia. El motivo es reconocible: Una figura humana hasta la cintura (el rostro está destrozado), que con sus manos agarra los extremos de una doble cola de pez curvada hacia arriba, que sustituye a sus extremidades inferiores" (9). El mismo motivo, con diferen-

(5).—Martín Almagro Basch. Manual de Historia Universal. Tomo I Ed. Espasa-Calpe, S. A. (Prehistoria) Madrid 1970. Segunda edición. Págs. 861-62 y fig. 932.

(6).—René Huyghe. El arte y el hombre. Barcelona 1970. Tomo I, pág. 317, fig. 795.

(7).—Alexandre Deulofeu. Sant Pere de Roda. Su importancia, historia y arte. Tercera edición. Figueras 1970. Pág. 29 y lámina 8.

(8).—Luis Marfá de Lojendio O.S.B. Navarre romane. 1967. Pág. 210 y lámina 76.

(9).—J. M. Santamaría. Las iglesias románicas de la comunidad de villa y tierra de Pedraza. Separata de "Estudios Segovianos", tomo XXIII. 1971. Segovia. Pág. 9 y lámina II.

te representación consistente en una sirena de cola sencilla (quizá una melusina), única y más larga, de cabello largo recogido en cola de caballo, que mira atentamente el descendimiento de Cristo de la Cruz, lo encontramos en uno de los dibujos que iluminan el codez "Paralipomenos" de Vic, realizado en 1066 (10). Esta representación ya no nos interesa tanto como las otras en que el paralelismo con nuestro capitel es mayor.

III.—RELIGION; MITOLOGIA Y FOLKLORE

Vemos con los ejemplos anteriores las pocas representaciones del hombre-pep existentes en comparación con las que hay de sirenas evolucionadas, si así se puede decir, de las primitivas representaciones en forma de ave, como también aparecen en multitud de capiteles que ahora no hacen al caso.

El caso es que nos enfrentamos con un mundo diferente, fantástico en su fauna, caracterizada por una serie de seres como pueden ser las melusinas, ondinas, nereidas, nayades, los propios tritones, las sirenas... que nos hacen pensar, más que en una idea religiosa en el siglo XII o XIII, en antiguos mitos o cuentos mantenidos vivos en la mente del hombre a lo largo de los tiempos. Pensamientos creados por la mente religiosa de un pueblo, que han llegado al capitel después de haber atravesado el tamiz del cristianismo. Ideas religiosas de pueblos anteriores, tal vez indogermánicos, captadas y asimiladas por otros pueblos, con pequeñas variaciones. Pueblos como el griego y el romano de los que se han tenido en tiempos precedentes mayor cantidad de influencia, algunas de las cuales, aún se conservan en pleno siglo XX. (¿Cómo no en el XII?). Si no como religión "oficial", sí como paganización cristianizada en unos casos, y en otros como falsas creencias, superstición de algo que se transmite visiblemente en un capitel, en la galería porticada de una iglesia, la del pueblo, por la que va a desfilar todo el mundo. En este caso el pórtico tiene una misión transmisora de cultura. Es la escuela en que el hombre rural medieval de Pinilla se ilustra.

Es muy posible que el principio de todo lo representado estribe en un miedo nacido en la mente de unos hombres que no están aún en condiciones de explicarse la causa de algunos fenómenos, miedo que se calma a su vez con la creación de unos mitos en los que intervienen los dioses, es decir, eso que no comprendían, humanizados, con las mismas pasiones y virtudes. Y esa creencia puede referirse a la existencia de hombres marinos, como el famoso "paje Nicolao" siciliano, también llamado "pesce Cola" que según Feijoo apunta en su *Theatro Crítico Universal*, vivió en el tiempo de Federico de Napoles, de 1496 a 1501. (No hay que olvidar que se ha descubierto el Nuevo Mundo poco antes y que el Océano es algo tenebroso poblado de extraños seres); o como el hombre-pep de Liérganes, cuya vida y milagros es la siguiente: Francisco de la Vega Casar vivía en Liérganes en compañía de sus padres. Marchó joven a Bilbao para hacerse carpintero, tenía entonces diecisiete años, y con el mes de junio aparecieron las vísperas del día y noche de San Juan. Una vez llegada la noche del Santo, sintió la alegría de la fiesta y fue a bañarse con unos amigos a la ría. Comenzó a nadar y llegó un momento en que desapareció y nada se volvió a saber de él. Pasaron cinco años desde que se le creía ahogado, cuando al cumplirse justamente el lustro desde la víspera de la noche de San Juan, unos pescadores gaditanos vieron no muy lejos de sus redes "una figura como de hombre o mujer que se mostraba fuera del agua y que se sumergía en queriendo acercarse para reconocerla". Los pescadores trataron de que se confiara arrojándole pan, que comía. Corrían los rumores del suceso, hasta que un día lo atraparon y lo condujeron al convento del Padre San Francisco. El hombre-pep no había muerto fuera del agua e intentaron interrogarle con resultado negativo, hasta que un día habló y pronunció la palabra "Liérganes".

(10).—W. M. Whitehill y Jordi Gumf. *L'Art Romànic a Catalunya. Segle XI*. Barcelona 1973. Primera edición. Pág. 28.

Uno de los marineros que era de la Montaña propuso que se escribiera a don Domingo de la Santolla, nacido en Liérganes y Ministro del Tribunal de la Inquisición. La contestación bo tardó en llegar: el hombre-pezu debía ser trasladado a Liérganes, acompañado por el franciscano fray Juan Rosende. Una vez llegados a la villa, el pez fue derecho a su antigua casa, donde le reconocieron sus padres como su ahogado hijo Francisco de la Vega Casar. Vivió unos cuantos años conservando la figura de pez, hasta que volvió a desaparecer en las aguas (11). La historia es más que nada una manifestación folclórica basada en otras anteriores, posiblemente clásicas. Es curioso que fuese justamente Cádiz donde encontrasen al hombre-pezu de Liérganes, lugar en el que en tiempo de Plinio apareció otro, del que dieron testimonio caballeros romanos (12).

Según el mismo Caro Baroja, la historia del pez de Liérganes (1679), "debe proceder de un ciclo de narraciones en las que se quiere expresar cuan peligroso es exponerse a las maldiciones o el quebrantar una prohibición (la de nadar el día de San Juan, acaso), y estas narraciones se confunden en su origen con las relativas a la existencia de las viejas divinidades acuáticas..." (13).

Otro hombre-pezu encontramos en las explicaciones de Pedro Mártir de Anglería. La narración angleriana se fija en la región llamada Maya, límite de Chiribichí, en cuyas costas, los españoles sorprendieron en el agua a una cabeza humana, con pelo, barba y brazos que terminaba en pez en la parte cubierta bajo el agua, como si se tratase de un hijo de Neptuno, semejante a las deidades marinas llamadas tritonas (14).

Estos dioses marinos, hijos de Neptuno y de Anffrite (una de las nereidas), medio peces, medio hombres de la cintura para arriba, habitaban en el fondo del mar en un palacio de oro, y su atributo principal era una concha marina que le servía de trompeta (15). Mientras que las sirenas son de igual representación pero femenino el torso. Primitivamente fueron las ninfas marinas con busto de mujer y cuerpo de ave que extraviaban a los navegantes atrayéndolos con sus cantos. Esta concepción primitiva evolucionó hacia la idea de la mujer-pezu más generalizada y para muchos, única conservada en el folklore (16).

Es la figura de Tritón la que más nos interesa en relación con el capitel de Pinilla de Jadraque, de traza muy influenciada por diversas corrientes artísticas, pertenecientes por un lado al orientalismo de Silos, al que igualmente pertenecen unidos varios de los ejemplos de capiteles citados con anterioridad, sobre todo el más cercano a la provincia de Guadalajara, el de Segovia, del mismo modo románico rural, que junto con otras zonas más al norte, como puede ser el de la provincia de Soria, reciben influencias de las corrientes estilísticas francesas fundamentalmente y en menor escala de la catedral de Jaca. No hay que olvidar que las peregrinaciones a Santiago de Compostela estaban en su apogeo y que, gracias a ello, el número de ideas introducidas en la Península Ibérica fue grande y grande su variedad, y que esto, lógicamente, habría de dejar huella.

(11).—José María Tavera. El libro de las brujas. Barcelona 1958. Pág. 105.

(12).—Julio Caro Baroja. Algunos mitos españoles. Tercera edición. Madrid 1974. Pág. 133 y siguientes. Con abundantes notas y bibliografía.

(13).—Julio Caro Baroja. Op.Cit. Pág. 137.

(14).—María de las Nieves Olmedillas de Pereiras. Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exoticista. Madrid 1974. Pág. 153. Sobre mitos y leyendas en el Nuevo Mundo.

(15).—Diccionario enciclopédico abreviado de Espasa-Calpe, S. A. Madrid 1957. Tomo VII, pág. 719. S. V.

(16).—Op. Cit. Tomo VII, pág. 218. S. V. Sirena.

IV.—POSIBLE SIGNIFICADO

En el capitel aparecen: un tritón que ofrece peces y dos personajes, hombre y mujer que los toman. En las primeras representaciones del tritón como hemos visto no hay representación alguna que haga referencia a otras figuras que no sean peces en las manos del tritón, agarrados por casi la cola. Hay otros peces formando conjunto, pero nada humano, (quizá el que se encuentren peces capturados y peces libres nos hable de un significado oculto alusivo a la forma del castigo, por pérdida de libertad, al trasgredir una ley impuesta. Eso es lo que más se parece a lo que dice el señor Caro Baroja) (17).

En realidad el pez es de imposible fijación simbólica por su antigüedad. Es símbolo fálico, es solar y de la vida organizada. Para los comienzos del budismo significa abundancia y felicidad conyugal, teoría que con esta misma acepción ha llegado a Europa independientemente de otras supersticiones existentes desde la Roma republicana (18). En este significado aparece la abundancia y la felicidad conyugal. En el capitel que tratamos aparece un posible matrimonio, al menos un hombre y una mujer que toman peces. Puede que el contenido sea feliz. Sin embargo, para conocer mejor el significado que encierra esta obra artística medieval, tendremos, como ya lo hemos hecho en parte, que acudir a las fuentes clásicas, a las manifestaciones mitológicas griega y romana principalmente. La representación del ictiomorfo situado en el ángulo está claro que es la de un tritón. "Poseidón tenía un hijo llamado Tritón, que era mitad pez y mitad hombre (una forma usual entre los griegos de representar a los dioses y a las diosas del mar). Poseidón se vió arrastrado por una tormenta en el mar, y Tritón salió a la superficie, sopló con su concha marina y, al sonido de esta trompa, el mar se calmó" (19). Hay pues cierta bondad en el acto de apaciguar los vientos y las aguas. Nos imaginamos la bondadosa estampa de Poseidón rodeado de sus tritones, a los que acompañaban en sus travesías marítimas cincuenta ninfas llamadas nereidas, esas hijas de Nereo (20) que simboliza el mar en calma y es considerado como dios bonachón, anterior en el tiempo de Poseidón o Neptuno. Su representación iconográfica no hace alusión alguna al tema expuesto en el capitel ya que se trata de un anciano de cabellos y barba canos, que generalmente sujeta un tridente un bastón o un cetro. Es lástima que no podamos ver de ninguna forma posible la tercera cara tallada del capitel que tratamos, ya que ello nos podría dar alguna pista más, encaminada hacia su mejor comprensión. Es muy posible que la figura que aparezca en la cara oculta sea similar a la de la izquierda. Lo que no sabemos es si la representación clausurada por el tabique es de animales o de personas.

En un principio, y dejándonos guiar únicamente por las dos partes visibles, pudiera existir alguna semejanza con las representaciones de Adán y Eva bajo el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, desde el que una serpiente (a veces es una melusina, es decir, una serpiente con cabeza humana femenina) ofrece a la mujer la manzana del pecado.

La serpiente simboliza el mal y sus consecuencias, mientras que en nuestro capitel el posible árbol ha sido sustituido por el tritón, que en sí es bondad como hemos visto.

Quizá debamos interpretar el simbolismo encerrado en el capitel de manera contraria a lo que dice. Allí entregaba la serpiente una manzana a Eva. La manzana es el pecado y generalmente ese pecado es de desobediencia, también de tipo sexual, mientras que en el capitel, el tritón, la bondad (o el mal disfrazado de tal) ofrece peces a un hombre y una mujer (unos posibles nuevos Adán y Eva o ellos mismos), y ya hemos visto el simbolismo del pez, también

(17).—Ver nota (13) de este mismo trabajo.

(18).—Luis de Cámara Cascudo. "Gorgoneion" en Homenaje a Don Luis de Hoyos Sañz. Tomo I. Madrid 1949. Pág. 73.

(19).—Isaac Asimov. Las palabras y los mitos. Barcelona 1974. Pág. 57.

(20).—Isaac Asimov. Op. Cit., pág. 33.

como elemento de significado fálico. En líneas generales podemos hablar con gran paralelismo entre una y otra representación.

El pez y la manzana han cobrado al parecer el mismo significado: el de pecado. La serpiente y el tritón (que en sí no son malos) son los medios de que se sirve la divinidad para ofrecer ese mal. Todo depende ya de la forma de actuar de los hombres, de que lo acepten o no. Quizá sea un aviso, un recuerdo a la vista de todos de la debilidad humana, de la materialidad corruptible de que estamos formados. El principio de la bondad y felicidad en el bien y la posibilidad de perderlos mediante el pecado que a cada paso tienta al hombre.

Con respecto a esta idea hay en la paremiología popular algunos refranes que bien pudieran hacer al caso: "El pez que busca el anzuelo, busca su duelo" y "picar el pez", como expresión muy usual. Ambas citas se refieren al error que es dejarse llevar por las apariencias de las cosas o por las conveniencias ilusorias en que suele estar escondido algún daño, es decir dejarse engañar incautamente, lo cual trae como consecuencia el caer en una trampa preparada para ese fin.

Si nos fijamos detenidamente el tritón ofrece peces a los hombres, que los reciben y los sujetan fuertemente entre sus manos, como para no dejarlos escapar. Se trata de algo que se escapa, que es resbaladizo (fig. 9); la serpiente ofrece una manzana. En ambos casos existe un motivo de aparente bondad, pero detrás de ella se esconde el mal, la trampa en que caen incautamente. Este capitel es un recuerdo de esas fuerzas del mal, del pecado. Es un cristianización de un mito anterior, que es muy posible aparezca en algún cuento popular, ligado a una desobediencia y sus consecuencias.

V.—CONCLUSIONES

Tenemos unas primeras representaciones, del siglo VI a. de J. C. provenientes de Europa escita, con influencias griegas. Tenemos igualmente otra manifestación de la misma época en un vaso etrusco. Las corrientes migratorias se van acercando a la península Ibérica. Hay cierta tradición conservada en la forma visigótica de vestir, seguramente heredada de la romana, aunque conservando elementos del norte de Europa. Esta idea llega hasta el medioevo, el capitel que tratamos es del siglo XII o comienzos del XIII según afirma Layna Serrano. Pero la idea no se estanca, se sigue manteniendo viva en la mente humana de cada tiempo, aún con las pequeñas variaciones naturales. Llega a Sicilia, con poco parecido en el "Peje Nicolao" y a España con más en el hombre-peíz de Liérganes (siglo XVII). También en algunos cuentos. En el Brasil hay algo parecido a una sirena diosa de los mares llamada Teamanjá que solamente permite llenar las redes de peces cuando el capitán de los pescadores no ha tenido unión carnal con una mujer. La vida de los otros pescadores depende de su virginidad. Y el que esta idea, que conserva cierto paralelismo, aparezca en América puede que se deba, sin asegurarlo, a los viajes de los latinos cuando la época de las conquistas, sobre todo realizadas por los portugueses, españoles e italianos. Justamente los lugares que conservan estos mitos. Antes vino la revolución cristiana y las cosas se transformaron, aunque no en su esencia que se siguió manteniendo viva. A partir del siglo VI las representaciones son casi iguales a las anteriores. Se confunde paganismo y cristianismo. Lo mismo que en las tribus brasileñas o africanas conviven los elementos religiosos anteriores a la llegada de un misionero con las ideas que él ha introducido. Habrá una mezcla de las dos prácticas. Y eso seguirá siendo una manera de religión, no de superstición.

Quizá haya como hemos visto cierto parecido entre la representación de nuestro capitel y la representación de la tentación de los primeros padres. Pero en el fondo esto es un poco aventurado ya que el artista que lo talló bien conocía esa representación de Adán y Eva. Es decir si hubiera querido decir lo mismo, no hubiera tenido más que repetir una vez más la anterior iconografía de la tentación y no recurrir, a no ser por motivos de originalidad, al del tritón.

De lo que sí estamos verdaderamente seguros es de su principio como creencia, convertida en mito y en folklore.

(fotos del autor)